



EL REGRESO O LA RAÍZ DE UN SUEÑO
CON OTROS DESARRAIGOS

Emilio Muñoz Yuste

EL REGRESO O LA RAÍZ DE UN SUEÑO

CON OTROS DESARRAIGOS



Primera edición: abril 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Emilio Muñoz Yuste

ISBN: 979-13-87612-96-2

ISBN digital: 979-13-87612-97-9

Depósito legal: M-8597-2025

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

In memoriam: Paula y Emilio. Mis padres.

La vida es solo la memoria que de ella tenemos, y la memoria no es nada. Esa nada ocupa tiempo, el tiempo transcurre, todo se va a ninguna parte; nos movemos sin cesar y en ese viaje sin destino permanecemos inmóviles.

SIMONE DE BEAUVOIR, *La Vieillesse*.

Índice

I	11
II	33
III.....	39
IV	45
V	67
BILIBAR	93
BUSCANDO EL SOL.....	113
LA PASIÓN DE UNA MATRONA	125

I

Un mercenario africano, de Sierra Leona, me dijo una vez que en su tierra recordar era regresar a la raíz de un sueño... En aquel momento, en medio de la selva, la noche, los miles de susurros incomprensibles que tejían el silencio roto por momentos por el aullido riente y desgarrador de las hienas me fue imposible comprenderlo, ni intentar que me lo explicara. También los vasos de güisqui americano que nos excitaban los sentidos para ofender al miedo.

Paulino Condal y yo éramos los únicos compatriotas de la compañía, el resto lo formaban la más cosmopolita y desarraigada gente de todas las naciones; la mayoría que se las habían inventado. Nuestro lenguaje común era un inglés entreverado de las lenguas de procedencia de cada buscavidas, el inglés era el mando, que para nuestra seguridad más nos valía aprenderlo con prontitud.

Nadie solía hablar de su pasado, tampoco mucho del presente, y menos aún del futuro, que para nosotros no solo era incierto día a día, también podía ser cruel. Todos nos reconocíamos diferentes al resto de las sociedades

de donde procedíamos, y también que pocos y buenos recuerdos habíamos dejado tras de nosotros... Por eso éramos soldados a sueldo, profesionales del combate, fuerzas de choque, tipos que ya se sabían muertos y habían elegido morir matando. ¡Valientes profesionales! ¡Asesinos de cualquier poder! Y de paso vivir con dinero caliente placeres implacables... Nuestras temporadas de descanso eran los burdeles de las más destruidas y desaseadas ciudades africanas, bebiendo cualquier alcohol, despóticos las más de las veces con los nativos, y en los peores momentos de ocio jugábamos nuestro dinero o vidas a las cartas. Un duelo a la noche.

Habíamos elegido no tener destino, pero sí muerte.

Por ser los únicos paisanos, Paulino y yo nos relacionábamos más que con el resto de la compañía. Eso sí, sin excesivo afecto.

Era un tipo alto, metro noventa, seco, con la piel y músculos pegados a los huesos, de rostro alargado, moreno, nariz aguileña y ojos hundidos y negros. Su pelo era oscuro, y como todos nosotros cortado a cepillo. Era duro, resistente, ágil; muy buen luchador, tanto a tiro como cuerpo a cuerpo, sin un gramo de miedo, recibiendo las heridas como pequeñas molestias cotidianas, que al final se terminan curando. Solía ser parco con el resto de la compañía, no le gustaba jugar ni que le gastaran bromas, era serio y directo, también respetado. Frente a un desafío no dudaba en recogerle, luego era incapaz de remordimientos. Solo conmigo, bebiendo y fumando mano a mano, despegaba los labios:

—Padre se bañaba en una tinaja de barro, una que se había rajado y la había serrado por la boca; de pequeño me metía con él, y jugábamos con la espuma sosa... Madre y mis hermanas hacían el pan, lavaban, eran muy obedientes y religiosas; todas las noches de invierno rezábamos el Rosario; después padre nos contaba la memoria de nuestros antepasados para que quedara en la nuestra y nunca se olvidara...

Me sorprendía que un hombre de su carácter y que había elegido tal aventura hubiera tenido un pasado tan apacible.

—Bebamos...

Eran licores las más de las veces poco potables, pero abrasaban los malos humores.

—En otoño vendimiaban las mujeres, mientras nosotros en el lagar pisábamos las uvas descalzos y en calzones, oliendo a mosto dulzón y pegajoso... Cuando cocía el mosto en las tinajas celebrábamos una gran comida, todos unidos, familia y amigos, los hombres tirando de la bota, las mujeres bebiendo en vasos, al final se bailaba, a gaita y tambor, que para eso se trabajaba...

Ver a Paulino en una carga a bayoneta era seductor y terrible: frío y eficaz como si estuviera contando como podaban en invierno las viñas.

—De pequeño fui monaguillo de don Ceferino, un cura a la antigua, que nos hacía tocar la campana a muerto el día de los difuntos; después nos invitaba a mantecados y mistela... Tenía malas pulgas si nos veía coger una perra del cepillo, entonces buscaba la mimbre y nos

zurraba en las nalgas; por lo demás era un buen cura que ayudaba a los más pobres del pueblo.

Fue un día de tormenta, hacinados en los barracones, tumbados en las hamacas o colchonetas, bebiendo, fumando, rezando en diferentes e incluso enemigos dioses; un día de ocio forzoso, que aclaraba en exceso las memorias y nos ponía tensos como puños airados.

Paulino se levantó perezoso, casi saltando entre los cuerpos arrojados a sus meditaciones; tropezó con un tipo que sobre su colchoneta al parecer oraba. La reacción fue terrible; saltó de inmediato sobre él, le esquivó de un puñetazo, y le tumbó en tierra. Rápido muchos compatriotas en su misma lengua le trataron de calmar, pero el tío era resentido, y encima sangraba por un labio. Tiró de machete. Paulino sin mostrar ninguna sorpresa sacó el suyo. Algunos tratamos de convencerlos de que dejaran la pelea que les podía valer un arresto brutal.

—Yo me hago cargo —dijo el superior del día—. Que salgan y sangren.

Salieron.

Por los otros barracones corrió la voz. Pronto en el centro del campamento les rodeábamos la mayoría de los mercenarios. Llovía y tronaba sin pausa; el gris del cielo semejava un pañuelo embarrado. La lucha iba en serio y no a primera sangre. Eran dos profesionales de la muerte.

Las primeras embestidas fueron un simple tanteo de estrategias, tácticas y ojeos, que pronto se detallaron en feroces embestidas a hoja larga y directa al pecho...

—Allí tuve a los dieciséis años mi primera novia, se llamaba Pilar; era una de las chicas más guapas y buenas del pueblo —cerraba los ojos y, para mi sorpresa, esbozaba una expresión compasiva—. Lástima, un día se mojó los pies, se tuvo que encamar, y en una semana se murió.

—¡Se murió!

Bajó la cabeza invitándome a guardar silencio. Aceptando su penoso recuerdo.

Sudaban encharquinados hasta las cejas, con algunos cortes sin suerte en los brazos, cara y cuello. Sabíamos que el que más resistiera, más posibilidades tenía de vencer. El cansancio proporciona descuidos mortales.

—¡Vosotros cuatro! —dijo el superior de un vozerón—. ¡Id cavando una fosa!

Paulino tropezó al rechazar una batida de machete, cayó al suelo, y se libró por segundos al rodar hacia un lado. El contrincante bramaba de rabia, espumando por la boca.

Entre nosotros el silencio era total; existían el cielo turbulento y la tierra empapada. Y los ruidos pantanosos de las palas cavando el hoyo.

—Mis hermanas casaron bien, con hombres trabajadores y honrados —y al decirlo sus palabras mostraban satisfacción—. Campesinos que conocen bien los procesos de la uva y fermentación del vino, y cada uno de ellos con bodega propia... Lo que más nos dolió fue la muerte de padre, de repente, despampanando la viña... Nos dejó solos, madre siempre vistió de luto; nosotros

tuvimos que aprender a ser mayores de la noche a la mañana, pero como padre siempre nos aconsejó: unidos como familia...

El duelo no podía durar mucho más, los dos se desafiaban extenuados, sangrantes, mantenidos en pie a fuerza de voluntad y pasión por aniquilar al contrario... El hedor transcendía sin pausa.

—Mi segunda novia se llamaba María del Mar, era costurera como su madre, y aunque menos guapa que Pilar, era igual de buena. Fue un noviazgo tranquilo, discreto y formal... —guardó un repentino silencio, sin expresión, como si de repente le faltaran las palabras.

Paulino tambaleante se acercó despacio, aún vigilante, con el arma en disposición de acometer, en ese momento alguien silbó a su espalda, volvió la cabeza; fue su perdición. Toda la cuchilla del machete le penetró el pecho, solo le quedó tiempo para mirar a los ojos a su enemigo, balbucear unas palabras, y caer de bruces contra el barrizal.

—Enterrad el cuerpo con todas sus pertenencias. Y si le quedaba algún dinero, dárselo al vencedor.

Todos sabíamos quién era el hijo de perra del silbido. No había sido una victoria limpia. El ganador se fue arrastrando hasta el barracón para caer boca arriba en cualquier lugar.

Aquella noche sonaron dos disparos muy seguidos uno de otro. La alarma cundió en el campamento; rápido formamos en posición de combate. No se tardó en descubrir lo ocurrido. El vencedor y su compinche del silbido yacían con un tiro en la nuca.

—Quiero que el culpable, si es hombre, de un paso al frente —dijo el jefe pagador.

Nadie le dio. Para eso éramos sicarios de cualquier poder. Estuvimos toda la noche desfilando alrededor de los cadáveres.

A la mañana siguiente se descubrió que la tumba de Paulino Condal había sido profanada, su cuerpo enlodado estaba boca abajo empuñando su fusil.

Días después nos contrató un tiranuelo africano y se olvidó el conflicto interno entre mercenarios.

*

Cinco años después, convaleciente de una mano por un maldito machetazo, con un dinero y diamantes conseguidos por muchos golpes de suertes en salarios y saqueos, volví a mi país. Tampoco era una patria. Sabía que nadie me esperaba y menos me recibiría con los brazos abiertos.

Salí por ser nada, tampoco me esperaba la Torre del Oro.

Al principio vagué por Sevilla una temporada, el clima y sus gentes me hacían sentir menos extraño y solo; disfrutaba sentarme a la vera del Guadalquivir y dejarme arrastrar nadando por sus aguas. En Triana conocí una madura y vivaracha viuda que me invitó a su patio, y con la que pronto intimé. Me presentó a su familia y amigos, hasta insistió que ingresara en su cofradía religiosa. Viví con ella un año, hasta que una madrugada mientras dormía me levanté, tomé el macuto; sin despedirme salí de su casa, de Sevilla.

Como recuerdo le arrojé a sus bonitos pies unas bonitas y pesadas ajorcas de oro de antiguas tribus. Incrustadas de diminutos y milenarios zafiros.

Volví a viajar sin rumbo, de norte a sur, durmiendo en cualquier fonda o estación, acostándome con alguna mujer de paso o burdel, sin deseo de amistad ni arraigo.

Un día en una estación de ferrocarril anunciaron un tren que entre sus paradas se encontraba Colinas, de inmediato me acordé de Paulino Condal. Él era de un pueblo de Colinas; recordé el nombre: Calavino. Cogí el tren y bajé en la ciudad. Era pequeña, provinciana, con murallas y catedral muy viejas. Pregunté a un paisano por la distancia de Calavino.

—Bastantes, unos treinta kilómetros.

Me encogí de hombros. Yo había recorrido a lo largo de mi vida muchos miles de kilómetros, a veces a pie de selva y cañón, ahora no tenía prisa. Me aconsejaron tomar el autobús. Dudé, pero tuve que aceptar la evidencia: comenzó a llover con un cielo encapotado, sin fin.

Tomé el billete. Dentro, uno de los últimos, me senté al fondo, junto a dos hombres maduros, con buenos chaquetones y botas relucientes, a medida. Tenían pinta de campesinos acomodados. Uno de ellos golpeó con el codo al otro, señalando sin disimulo mis botas. Sonrieron satisfechos. Eran de soldado, viejas, gastadas, casi con las costuras al descubierto. No me ofendí. Por las ventanillas se veía que llovía con fuerza; de vez en cuando tronaba. Los tipos murmuraban entre ellos. Temí dormirme y pasarme de Calavino.

—¿Cuánto tarda en llegar a Calavino?

—Depende...

Sonrieron entre ellos.

Callé, cerré los ojos, y suspiré hondo. El interior del coche olía a cuero viejo, sudores rancios, humo estancado.

—¿Va a Calavino? —preguntó uno de los tipos.

—Depende —respondí.

Abrí los ojos. Ahora no sonreían, más bien me miraban con un malhumor evidente. Sabía que por mis ropas y calzado mi imagen no era muy respetable, y aún más con una barba de una semana.

—Sí, voy a Calavino —dije seco.

—Nosotros también —respondió el de la ventanilla.

—¿Tiene familia en el pueblo? —curioseó el otro.

—No, voy en busca de la familia de un amigo fallecido.

—Su amigo era del pueblo.

—Sí... Se llamaba Paulino Condal.

—Paulino Condal —dijo uno con sorpresa.

—Sí.

Se miraron con verdadero temor, ajustaron sus chaquetones y guardaron un grave silencio. Al fin llegamos. Fueron de los primeros en bajar. El coche había parado en una plaza con soportales y una fuente en medio. El cielo seguía cubierto, pero ahora no llovía. Había descubierto que el nombre y apellido no habían agradado a los dos paisanos; tampoco en los pueblos la armonía es la norma.

—Por favor, ¿la familia de Paulino Condal? —pregunté a un anciano que caminaba con dificultad.

—¡Paulino Condal! —el anciano abrió los rugosos párpados incrédulo, como si le preguntara por una aparición indeseada y asombrosa—. No sé... —me miró con miedo, como si fuera un enemigo—. Yo solo he sido el pobre sacristán de la iglesia.

—Yo solo le preguntó por la familia de Paulino Condal —dije en tono conciliador.

El anciano me observó de arriba abajo, parpadeando, como si no me viera bien del todo. Luego se persignó, murmuró algo parecido a una corta letanía.

—Le ruego que me siga.

Era un viejo construido con raíces. De inmediato me recordó a Paulino Condal. Un tallo fuerte y pegado a su tronco, con voluntad acerada aún en las mayores dificultades. Por lo visto, sería la constitución típica de la región. Aunque el tipo de Paulino era más valeroso que el jubilado sacristán.

—Le ruego... —se paró, respiró hondo; volvió a caminar.

Paulino jamás se hubiera rendido, menos suspirado. Era hondo, un pozo cavado en piedra, hasta sin recabar agua. Arqueado, alerta, un solitario sin temer el derrumbe de la misma tierra.

—Espere... —el viejo entró en una casa de dos pisos, con un balcón. Encendí un cigarrillo. El antiguo sacristán tardó en salir lo que mismo que tardé en fumarle—. Dice don Nicasio que pase.

Entré tras él en la casa, le seguí por un largo pasillo, enseguida olí a cera, tabaco picado y pólvora. Era la casa de un cura rural.

—Buenas tardes... —dije al entrar en una amplia sala con un gran ventanal, estanterías repletas de libros tallados y una mesa camilla en el centro.

—Buenas nos de Dios —respondió con voz ronca y fuerte el sacerdote, que sentado en un buen sillón de madera maciza ocupaba sus manos en rellenar viejos cartuchos—. Bien... —me echó un vistazo a través de unas gafas de grueso cristal.

—Me llamó...

—Sí, ya sé que ha sido amigo del tal Paulino, y según parece que en paz descansa.

Le observé sin miramientos. Era viejo, por lo menos octogenario; se veía que había sido un tronco enorme, del tipo Paulino, pero más grueso, menos austero y más vividor. Era un cura de escopeta y perro, sotana a la antigua y botas ensebadas hasta en misa.

—He venido a su pueblo a conocer a su familia.

—¡Qué familia!

—La de mi amigo Paulino.

—Paulino nunca tuvo familia ni amigos.

Me dejó confuso de momento; reaccioné:

—Yo era su amigo.

—Pues sería el único.

Visto los cartuchos decidí no esperar al perro. Le di la espalda, maldije con toda mi mala sangre. Salí de la sala.

—Espere...

Seguí buscando la salida.

—¡He dicho que vuelva!

Volví con pasos mercenarios y disposición a responder...

—Dice que era su amigo —dijo suspicaz, conteniendo la extrañeza.

—Oiga, yo nunca me repito —afirmé de un pisotón al suelo encerado.

—No me sorprende con sus modales.

—Ahora comprendo que Paulino se largara del pueblo.

Levantó las manos con calma. Penetró con sus ojos con fuerza y resolución, como un cura que nunca había admitido la réplica; con altiva serenidad se pasó la mano por un abundante cabello blanco.

—Se puede sentar.

Una señora mayor, con el cabello prensado en la cabeza para acabar en un moño, me colocó una silla frente al cura.

—Es mi hermana.

Asumiendo el gesto de presentación me senté.

—Gracias, Romo —dijo al viejo sacristán, que escam-pó en el acto—. Vino y dos vasos —comunicó a su hermana—. Y bien...

Era un viejo que no se resignaba a serlo, con las papadas en pliegues, los pómulos caídos; la frente tan surcada como su carácter altivo y poderoso. Hubiera sido un buen comandante en jefe de un cuerpo mercenario. Y nos hubiera enterrado con alguna bendición.

—Creí que Paulino tenía familia en Calavino.

—Ninguna.

—Él me hablo de sus padres y hermanas, viñas, bodegas...

—¿Le dijo todo eso?

—Sí.

—Pues mintió.

No respondí; era demasiado viejo y temperamental, si lo amarraba del cuello berrearía.

—Nunca mintió en nuestro trabajo.

—¡Trabajar! No me lo creo.

A veces la paciencia es un infinito sin luces; tronó, comenzó a llover, a través del ventanal el cielo se encajó sin aristas. Se hizo negro y adusto. La hermana trajo una botella de vino, llenó los dos vasos y dejó la botella en el centro de la camilla.

—Atiza la lumbre.

La campana de la chimenea era enorme, capaz de albergar sentados a banquetea una docena de familia. La hermana, alta y robusta, con dos pechos que en su juventud debieron ser campaneros, y ahora sesentona les tenía algo caídos, pero aún prietos. Su carácter, sin embargo, no era peligroso a ojos vista; vestida de gris, con una medalla de oro pendiendo del cuello, aparentaba una discreción sincera.

—Trabajó —dije observando salir a la hermana.

—Por lo visto en trabajos poco recomendables —dijo el cura áspero, tomando el vaso y vaciándole de un trago.

—Sí, fue un matón a sueldo... Un mercenario —le miré a los ojos, buscando una expresión—. Es una profesión como otra cualquiera, con sus riesgos.

Ahora volvió a llenar su vaso, me miró a los ojos con desconfianza, pero sin ningún temor. El anciano párroco no era ningún derrengado que se dejara atrapar sin un alboroto de mil diablos. Me gustó. En su honor brindé al aire.

—Yo también soy mercenario.

Llenó los dos vasos.

—¿Fue valiente...?

Asentí. Narré con brevedad una biografía de audacia, sed, mucha sed... Sangre. Al acabar descubrí que anocheecía, seguía la tormenta y apenas veíamos.

—Nunca pensé que llegaría tan lejos —dijo el cura para mi asombro mientras de una caja de madera labrada cogía dos puros y me ofrecía uno. Los encendimos con su mechero de gasolina.

—Sí, hacen falta ciertas audacias —le respondí sin temor de ofenderle.

Apenas el ventanal reflejaba una luz cenicienta; frente a frente nos iluminábamos los rostros al inspirar los puros en una fugaz y tenebrosa aparición, como un tenue crepúsculo rasgado de fuego.

—Luz, más luz...

No tardó la hermana en traer una lamparilla eléctrica que colocó en un extremo de la mesa. Volvió a salir en silencio.

—El otoño es la mejor estación de Calavino —tomó el vaso que vació. Volvió a llenar los dos—. No solo por la recolección de la uva, también por ser la estación más estable —apretó con su grande y huesuda mano

un cartucho—. Todavía recuerdo las cacerías del pasado... Memorables... La mezcla de humedad y pólvora en el aire es el incienso de la estación... Ahora preparo cartuchos para regalar a los más jóvenes y rezo por una buena muerte —cerró los ojos sin resignación, tristeza ni miedo, para contener el cansancio—. Ya no soy, pero la oración ayuda.

Retumbó un trueno, y la estancia pareció conmoverse como si recibiera un escalofrío del exterior. Fumamos callados. Absortos, sin sombra.

—Paulino se llamó Paulino, mintió en Condal... Era un mal nacido, un hijo de una madre para todos culpable... La justicia en la tierra no es de Dios, la justicia en la tierra es una de las esquinas donde carcajea el poder...

Tronó, bebí el vaso, el cura se lo pensaba. Era un viejo tronco de árbol deshojado, incapaz de doblar el gorro sin arrancar su copa.

—Seamos. Usted habrá visto morir a muchos hombres.

—Sí.

—No teme a la muerte.

—Nunca se sabe.

Sentí que volvió a vaciar el vaso y llenó los dos.

—Tendrá algo que decir —dijo sin inflexión, con una voz neutra, dura, una piedra cayendo a un estanque sin fondo.

—Para nosotros, la vida y la muerte es una manera de ganarse la vida —reí sin consideración a tantas canas y estilo, hasta apurar una estupenda bocanada del haba-

no—. Muertos en vida hay muchos, nosotros hacemos nuestro trabajo. Usted con Dios, el suyo.

—Creo que he hecho lo que buenamente he podido —levantó casi airado la punta roja del puro—. Si en algo he faltado, jamás he sido cobarde —dijo con un tono que no admitía replica.

Estuve considerando si levantarme y salir, la respiración del cura era nerviosa, casi ahogante; temí que sufriera un repentino ataque de ira que no podría pasar por alto. Espere bebiendo, fumando con la vista puesta en el ventanal azotado por la lluvia y el viento. Pasaron largos minutos, hasta que dijo:

—¿Sabe...? —dijo utilizando el usted y suspirando en una muestra de debilidad—. A veces pienso que un día me visitará el Diablo; después moriré —no respondí—. Será el día que menos lo desee y espere, como un nublado en plena recolección. Temo no saber estar a su altura —apuró despacio el vaso de vino, tomó varias caladas, como necesitado de impulso.

—El Diablo

—No lo dude, el Diablo.

La lluvia era incesante; la noche se había cerrado sin solución. No me quedaba más remedio que pernoctar en Calavino, si acaso encontrara un sitio. Me servía cualquiera.

—¿Hay fonda en Calavino?

—Puede dormir aquí.

—Se lo agradezco, pero preferiría otro lugar.

—No tenga prisa, creo que tenemos que hablar de muchas cosas.

Entró su hermana.

—Es la hora del Rosario —dijo con voz piadosa.

—Hoy rézale sola —dijo su hermano afectuoso.

Se quedó en el umbral, tardando en comprender. Se retiró uniendo las manos.

—Bien, hablaremos de Paulino.

—Paulino Condal —dijo seco.

Recién acabada la Guerra Civil yo era un cura joven, con poca experiencia con los feligreses, y mucho idealismo por la salvación de las almas; aún los mocos me colgaban a la claras de la nariz. Nunca sabré qué fue lo que llevó a nuestro obispo de Colinas a hacerme párroco de Calavino, un pueblo grande y demolido por la guerra, un rebaño para un sacerdote más curtido en la experiencia. Pero fui elegido por nuestro obispo de Colinas en aquella época, y eso quería decir que Dios le había inspirado para que yo, y solo yo, fuera su pastor de almas. ¡Qué si estoy seguro! Nunca he dudado.

Aquella tarde abrí la iglesia para la misa de siete. Era un día de invierno frío y oscuro, que mal iluminaban las escasas y poco potentes bombillas de la iglesia. La puerta chirrió como de costumbre; al cejar el ruido oí de inmediato que había alguien en el interior; tenía de joven un oído fino, que me ha servido para algo más que para cazar y entonar salves.

—¿Quién anda ahí? —dijo don Nicasio girando los interruptores de las bombillas—. Vamos, no quiero es-

cándalos —según lo decía, caminaba por el pasillo principal, con los sentidos alertas, y un buen paso que no entorpecía la larga sotana—. Sé que son tiempos duros, si necesita algo de buena gana proveeré —se paró en seco, afirmando de manera que sus ojos señalaban—. Vamos, si se muestra sin violencias no diré nada a las autoridades —esperó un largo minuto, sin desviar la mirada del lugar elegido—. De acuerdo...

Corrió hacia los bancos de la izquierda, todavía con la negrura parecía no dudar ni trabarse. Algo se movió, corrió y se sintió como empujaba una puerta y derribaba sillas sin control. La forma del cura se recortaba más amplia en la penumbra que entraba por la misma puerta. Encendió rápido el interruptor de la sacristía.

—Vamos, baja... —dijo el cura de malhumor.

Se veían dos piernas desnudas y flacas colgando de la reja de hierro de una ventana. ¡No te escaparás! Agarró con sus manos las dos piernas y tiró de ellas hacia abajo.

—Muchacho, suelta de una vez la reja —dijo esforzando su mano al máximo. Pero el chico no se soltaba.

—Buenas tardes, don Nicasio —dijo entrando un hombre alto, seco y anguloso.

—Romo, sal fuera y desengancha a este ladronzuelo de la reja.

Obedeció en el acto. El cura tiraba con fuerza, pero era incapaz de arrastrar al chico hacia abajo; meneaba la cabeza con preocupación, temiendo descoyuntarle algún hueso. Soltó una mano, se levantó la sotana y metió la mano en el bolsillo del pantalón; extrajo una caja de ceri-

llas, tomó una que raspó, encendió el pabilo chamuscado de un trozo de cirio. Acercó la llama a la planta del pie descalzó.

—Muchacho, no quiero hacerte daño, pero tampoco quiero dejarte escapar —acercó la llama a la piel. El cura abrió los ojos con asombro; el muchacho no cedía un ápice ni con fuego—. No quiero quemarte...

De repente el chico se soltó de golpe, cayó sobre el cura que no pudo evitarlo, siendo empujado hacia atrás. El chico se levantó de inmediato, en el momento de comenzar a correr el cura le sujetó con una mano fuerte de un pie, y le hizo caer de nuevo al suelo.

—Con la hebilla del cinturón le he obligado a saltar la reja —dijo el sacristán Romo entrando en la dependencia.

—Cierra la puerta —le dijo el cura levantándose con el chico agarrado.

Romo la cerró por dentro con un cerrojo un tanto oxidado.

—Vamos, habla —dijo el cura soltando al muchacho.

El chico tenía los ojos llenos de lágrimas, pero de su boca con los labios cerrados no salían quejas ni palabras.

—Vas a hablar por las buenas o por las malas —miró hacia la ventana que se levantaba a unos dos metros del suelo—. No sé —dijo rascándose con el dedo índice la cabeza—, cómo puede deslizarse entre los barrotes de hierro —dijo señalando con la mirada a la reja y al niño.

—Sí, don Nicasio, es igual de hilo y flexible que una lagartija. Hambre.

Era muy delgado, con la cabeza rapada, el rostro oval y muy moreno. Sus ojos eran negros, de mirada huidiza, nerviosa, siempre presta, como si viviera en continuo peligro. Vestía una camisa demasiado grande y mal recortada en las mangas, un pantalón corto que había sido largo y al parecer ajustado sin maña. La ropa estaba sucia, remendada, sin botones.

—¿Cómo te llamas?

Bajó los ojos y escupió al suelo. El sacristán le arreó un guantazo.

—Por mi vida que vas a aprender a tener respeto a los señores. Se llama... Hijo de una tal... Maruja.

—Vamos a intentar llevarnos bien —dijo el cura acariciando con su mano la cabeza—. Siéntate, habla, y vacíate los bolsillos.

No movió ni un músculo, su posición era firme.

—¿Más o menos cuántos años tiene?

—No lo sé con certeza, pero creo que tendrá unos diez años —el sacristán miró la hora de su reloj de pulsera—. Don Nicasio, falta poco para la misa.

—¡Qué hacemos con el chico! —dijo el cura abriendo las palmas de las manos en señal de impotencia.

—Yo creo que por los antecedentes de la madre y el robo en la iglesia, lo mejor es llevarle al cuartel.

—Eres un hijo de perra —dijo el muchacho en un susurro, sin levantar los ojos del suelo.

—¿Lo ve? —el sacristán le volvió a arrear un guantazo.

—No le pegues —protestó el cura.

—Romo... Te voy a matar.

—Su madre es la más puta de Calavino.

El chico cerró los puños, respiró fuerte, temblando de los pies a la cabeza, resoplando igual que un animal salvaje acorralado. El cura amistoso le volvió a pasar la mano por la cabeza.

—¿Te gustaría ser monaguillo? —dejó de agitarse, como si la propuesta le hubiera paralizado de golpe. No contestó—. Si tanto te gusta la iglesia, puedes ser mi ayudante.

Giraron la manilla de la puerta.

—Deben de ser los monaguillos.

—Abre la puerta y que toquen la campana.

—Y si se escapa.

—No creo.

El sacristán descorrió el cerrojo; abrió y se encontró con los monaguillos, los cerró el paso y les dijo que le acompañaran.

—Ahora que estamos solos quiero que hablemos de hombre a hombre, además tienes la puerta abierta si quieres escapar.

—Nunca me ha gustado la iglesia, curilla —dijo de repente.

—¡Cómo!

Suelto corrió veloz, saltó los bancos, abrió la puerta y derribó a una beata vieja; se perdió en las tinieblas de la noche y el doblar a misa.

—Don Nicasio, se lo dije, el muchacho esta hecho de la piel del Diablo —Romo mostró el cepillo vacío—. Teníamos que haberle llevado al cuartel.

—No —dijo contundente el cura—, será mejor visitar a su madre.

El sacristán movía la cabeza mostrando rabia por la ocasión perdida.